

Menos porno y más culebrón, por Mario Gaviria

Una alta intensidad amorosa desde la adolescencia evitaría que la pornografía sustituya a la comunicación profunda entre las personas

Amor y, tal vez, celos. Mucho amor es lo que necesitamos los humanos. Afecto, mucho afecto. Caricias y ternura, millones de besos a todas horas. En esta España nueva, rica, abundante y exultante, en la que se dedica toda la energía a la producción, en la que se trabaja demasiado, nos queda poco tiempo y fuerza para amarnos. La serotonina está triste; la testosterona arrugada, muy pachucha. Se sustituye el orgasmo real por el porno virtual. Mejor el amor de culebrón que el porno. El culebrón es un sucedáneo del amor cotidiano y el porno una prótesis del culebrón.

Mi teoría, probablemente acertada, es que en la cultura cristiana occidental estamos sufriendo las consecuencias del fracaso del proceso de liberación sexual y amorosa de Mayo del 68. Yo estoy casi seguro de que si la gente fuera feliz, bailase, cantase, se riera, amase mucho y trabajase poco no triunfaría el porno.

HAY QUE volver a releer a Wilhelm Reich y a Herbert Marcuse para recordar una vez más que existe una economía sexual subordinada y supeditada a la producción económica material. Los europeos ricos y los norteamericanos amamos como trabajamos. Trabajando demasiado y amando poco y con prisas, con alta productividad. El porno es un subproducto sexual occidental que ayuda al crecimiento del PIB y mantiene la alcoba monógama, de sabanas frías de Sabina, en perfecto orden de revista. Sábado sabadete y el lunes a trabajar duro, como Dios manda.

No es casualidad que Catalunya, el tercer país del mundo en que más se trabaja, sea también uno de los líderes en la industria porno mundial. El capitalismo ha ido tan lejos en el proceso de imponer disciplina y laboriosidad que hasta en la dulce Francia ha crecido tanto el porno que hay un movimiento para prohibirlo en televisión e internet. Al parecer, en los cursos de sexología para adolescentes franceses resulta que el 80% de los chicos y chicas de 13 años vieron porno antes de robar su primer beso infantil y amar corporalmente.

Parece que los pedagogos y los trabajadores sociales insisten en que algunos niños al ver el porno prematuramente desarrollan una relación malsana con la sexualidad. Las imágenes porno-mecánicas de falos enormes e inagotables desarrollan en los chavales un complejo de mini-minina. Dicen que el porno estimula relaciones físicas violentas, insanas, marginales, y que algunos chicos y chicas a veces llegan a encontrar dificultades para distinguir entre la realidad y la ficción.

Una vez más se emplea a los niños para excusarnos de entrar al fondo del problema. El porno, que puede servir como las especias en el arte culinario, que puede ser un estimulante sexual, puede acabar sustituyendo a la comunicación profunda y amorosa entre las personas. Algunos franceses progres proponen que se les pasen películas porno a los niños en las escuelas para llevar a cabo una mejor educación sexual y quitarle el morbo de lo prohibido. Yo preferiría que los niños y niñas jugasen más a médicos y médicas y que, poco a poco --por ejemplo en las próximas dos o tres generaciones-- consiguiéramos desculpabilizar el sexo.

LOS MILLONES de cubanos y cubanas que de adolescentes pasaron por los internados mixtos de las escuelas del campo dicen que el amor es cosa rica. Cuba es probablemente el único país del mundo con amor y sexo a destajo sin pecado ni culpa. Algo es algo.

Hay culturas sabias, antiguamente mal llamadas primitivas, que juntaban a los adolescentes, chicos y chicas, a vivir unos años cerca, pero aparte, de sus padres. Juntos y revueltos aprendían a amar sin necesidad de porno. Después entraban en la vida adulta, se apareaban y criaban hijos.

La poligamia y la poliandria simultánea y sucesiva, la alta intensidad amorosa desde la adolescencia sería, creo yo, con todos los respetos y sin querer faltar a nadie, ni arruinar a la industria audiovisual catalana, mejor que el porno.